

La no vida de Roberto Saviano

[Febrero, 2009]

No sé si estoy medio muerto o medio vivo. Lo que sé es que la amenaza de los Canaleses me ha convertido en peor persona. Más desconfiado, más egoísta. Siento odio por los amigos que me abandonaron cuando salió el libro. Entre una partida de Play Station y una de la Liga Fantástica, apenas salgo de casa. No puedo usar tarjeta de crédito, vivo escoltado 24 horas del día. Ya no soy un hombre, soy un equipo. Los muchachos son fantásticos, son napolitanos como yo. Hacemos deporte juntos, boxeamos en el gimnasio, pero echo de menos Nápoles, aquellos retrasos eternos del tren en la estación. El tiempo se ha deformado. Los minutos son extraños. Cada movimiento banal requiere un día entero. Y no puedo hacer las cosas mínimas: pasear, tomar algo en un bar, comprar una nevera. Ayer fuimos al mercado y fue patético. Los carabinieri alrededor del carrito, todos opinando sobre la pasta que debía coger. La gente se asustó. Nos abrieron paso en la caja para que nos fuéramos rápido. Cuando salimos, le dije a los chicos: No volvemos.

Así es la vida de Roberto Saviano. Una vida no vida. Una vida-muerte. Una especie de muerte en vida. Trágica a ratos, a veces también tragicómica. Tensa sin interrupción, triste, solitaria y virtual.

El éxito de *Gomorra*, uno de los fenómenos más espectaculares de la historia italiana: dos millones de copias en su país, 33 traducciones, más de dos años en lo alto de la lista de *best sellers*, se ha convertido en una maldición para su autor.

Reconocimiento, premios y elogios, fama, dinero y viajes, no compensan la otra cara de la moneda. Saviano ha sido difamado, escupido e insultado por los jóvenes de su propia tierra, abandonado por sus amigos, condenado a muerte, y hoy vive agazapado, rodeado de armas y carabinieri, a toda velocidad y a media voz.

Sus ojos muestran una melancolía infinita, sus gestos son a ratos desesperados, su cara la imagen de la vulnerabilidad. No deja de hablar por los dos móviles y de mandar SMS. «Casi no veo a nadie. Es mi mayor vínculo con la gente».

Sólo tiene 29 años, pero se nota que ya no es aquel muchacho bromista que se iba a comer el mundo cuando se licenció en filosofía por la Universidad Federico II de Nápoles, siguiendo la



ilustre herencia de Giordano Bruno y Benedetto Croce. En aquella época empezó a escribir su primer relato real, titulado *La tierra padre*. Naturalmente, trataba sobre la Camorra.

Contado por Saviano, la mafia napolitana o, mejor dicho, campaña, dejó de ser lo que era a los ojos de mucha gente: una banda de bandoleros dirigidos por tipos más o menos honorables que trafican y asesinan, pero en el fondo protegen a una población abandonada a su suerte (aunque esto último siga siendo verdad), y pasó a ser el Sistema, un poderoso *holding* criminal que según el último censo realizado por el jefe de los carabinieri de Nápoles, general Gaetano Maruccia, responsable de la seguridad de Saviano, cuenta al menos con 80 clanes y más de tres mil afiliados armados, a lo que se añade una extensa red de colaboradores. En otras palabras, un ejército sin uniforme ni moral que comete, de media, un asesinato cada 2.5 días desde 1979, factura miles de millones de euros anuales, controla una parte del tráfico de cocaína europeo, domina el negocio de la extorsión, la usura, las basuras y el transporte de desechos tóxicos, capta niños de 11 años pagándoles como centinelas, obtiene grandes contratos públicos que se licitan en Campaña, blanquea ingentes cantidades de dinero negro en la construcción española, compra políticos, designa alcaldes, maneja de forma directa o indirecta el 40 por ciento de las tiendas de Nápoles, cose ropa en negro para las grandes firmas, dirige la importación y distribución de mercancías falsas provenientes de China, y campa a sus anchas en el puerto de la ciudad y el sector alimentario.

Cuando Saviano empieza a escribir, estimulado por la fiebre de libertad y aventura que le inculcaron sus lecturas precoces, y más tarde por el aura de rebelión respirada en los seminarios que dirige Gerardo Marotta, en el Instituto de Filosofía fundado por Croce, era un chaval feliz, aunque no paraba de trabajar.